

FRANCIA: TENDENCIA HAC

EL juego ritual de la política ha tenido siempre en Francia un intenso dramatismo. Como en una obra de teatro inteligentemente preparada, todos los desenlaces, todas las salidas parecen cerrados; se roza la catástrofe hasta que, en un brillante tercer acto, surge ante los atónitos ojos del espectador una solución sencilla, simple, aparentemente natural. Sin duda, de estas características peculiares nace el tópico de que Francia encuentra siempre el hombre oportuno en el momento justo, idea que los hechos históricos no parecen desmentir aunque quizá ese hallazgo del hombre tenga causas más profundas y más justas de lo que parece indicarse con tal frase. Esto es, que en Francia hay una abundancia de hombres políticos, preparados y adiestrados en el oficio, profesionalizados; y que el hecho de apurar las situaciones hasta el extremo de dramatismo no es más que una forma de elegir, como otra cualquiera, al hombre mejor dotado para hacer frente a las circunstancias; y no es mínima la parte que juegan las instituciones del país, muy especialmente las instituciones técnicas y administrativas que sobreviven siempre a las crisis políticas —y esta organización fue uno de los mejores éxitos de Napoleón—.

Francia está ahora, en estos momentos, apurando una de estas situaciones políticas, y revistiéndola del máximo dramatismo. Las elecciones presidenciales están a la vista: nos separan de ellas poco más de tres meses. El cargo de Presidente de la República está creado por De Gaulle a su imagen y semejanza; equivale a una dictadura burguesa, a lo que el polemista Jean-François Revel, en su libro «El fin de una oposición», considera como un fenómeno nuevo de nuestros tiempos, que es la dictadura en época de prosperidad. Es un cargo difícil de ocupar por otro: el pueblo francés se ha acostumbrado a considerar hombre y cargo como perfectamente compenetrados y le es difícil separarlos. No habría duda de que De Gaulle sería reelegido en diciembre, con una excelente mayoría de votos, si se presentase a estas elecciones. El enigma, el dramatismo, está en saber si realmente se va a presentar o no. En estos momentos el general reposa en su casa de campo de Colombey-les-deux-Eglises —el pueblo diminuto que él ha convertido en histórico— y se dice que junto a él un equipo de médicos procede a un examen cuidadoso de su organismo —lo que los americanos llaman «check-up»— para diagnosticar si está o no en condiciones físicas de afrontar siete años más en la Presidencia. Parece ser que este diagnóstico es el secreto mejor guardado de Francia, y se dice que De Gaulle no hará pública su decisión hasta el mes de octubre. Para mí caben escasas dudas de que el diagnóstico será favorable y de que el general sabe ya perfectamente lo que va a decir en octubre: esto es, que acepta el nuevo sacrificio.

Hasta hoy, este juego ha dado un excelente resultado. La oposición no existe: mejor dicho, existe pero no consiste, no ofrece un frente, una sustitución posible. Gaston Defferre, el alcalde socialista de Marsella, intentó una especie de Federación de las izquierdas no comunistas y el centro en torno a su figura y su plan técnico-político denominado «Horizonte 80» no consiguió nada y se retiró, con un mutis espectacular. Un solo hombre hace ahora frente a De Gaulle, y es el abogado de extrema derecha Tixier-Vignancourt, antiguo adicto del general Petain —no sólo antiguo, sino actual: no ha abdicado de

su filiación—, defensor de los terroristas de la OAS, militante del anticomunismo a la antigua usanza. Tixier ha montado una curiosa campaña para despertar a Francia del letargo estival que la tiene acostada en las playas y lanzada a las carreteras. Es la campaña «la americana»: ha preparado un gigantesco circo de lona, recorre los centros veraniegos y predica su doctrina. «La oposición —dice— no es un asunto de circunstancias o de oportunidad. Cuando un régimen reserva sus favores al mundo comunista y combate nuestras alianzas tradicionales, la oposición es un deber nacional y el que se sustrae traiciona el mandato que sus electores le han confiado (se refiere a los diputados moderados que no se deciden a entrar en rebeldía frente al poder). En el combate que se inicia es preciso estar por el general De Gaulle o por mí: la neutralidad y la prudencia no son compatibles con la amplitud de lo que está en juego». Probablemente Tixier no conseguirá gran cosa con su circo político. Habla de que cuenta con cuatro millones de votos. Un millón es lo más que se le puede conceder. Así y todo, un millón de votos fascistas en Francia es una suma que merecerá estudio cuando se produzca. Salvo este candidato, probablemente más espectacular que eficaz, nadie se opone hoy al solitario general. Pompidou puede ser el hombre fletado por el poder si el diagnóstico médico aconseja la no presentación de De Gaulle —su «figura» se está haciendo a toda prisa para que no coja de sorpresa en esa eventualidad; o se la está haciendo él mismo con los importantes medios a su alcance que le da el haber pertenecido a la casa Rotschild—. En ese caso se dice que Pinay, el antiguo ministro de finanzas que apareció una vez como «mago» de la reconstrucción económica, y que desapareció del Ministerio antes de que se pudiera saber si realmente sus planes eran buenos o malos, se encargaría de la oposición en nombre de los moderados: es decir, de los pequeños y medios industriales y comerciantes, de la burguesía pudiente, que en Francia constituye una clase estable y abundante. Y no hay más, por ahora, que estos fantasmas. A la izquierda, nada. El vacío. Reuniones de «clubs» —círculos políticos intelectuales que sustituyen a los partidos políticos, pero no se apoyan en masas de afiliados, sino en minorías pensantes que elaboran doctrinas—, reuniones de «convenciones» —asambleas deliberantes de personas que tratan de coincidir en algunos puntos— y nada más. La ineficacia.

PERO tengo la sensación, por diversos indicios, de que la izquierda está descubriendo ahora, más o menos, una idea válida para concretar su oposición. Tal vez sea demasiado tarde. Hasta ahora se ha tratado de lanzar un hombre contra otro, de crear una imagen de Presidente que pueda sustituirse a la del Presidente actual. Esta izquierda ha caído en la trampa del degolismo, en la alucinante eficacia del viejo general; ha creído que las nuevas democracias son así, y que los tiempos han cambiado definitivamente. Defferre —los antiguos lectores de estas crónicas no se sorprenderán de esta opinión— era un degolista sin De Gaulle, apoyado en el culto a la personalidad —a su personalidad—, en un plan a largo plazo —para 1980— y en un gobierno individualista. Entre el confuso Gaston Defferre y el conocido De Gaulle, pocas personas podrían optar por

A UN NUEVA DEMOCRACIA

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

Defferre, cuyo vago izquierdismo intelectual era al mismo tiempo poco atractivo para los que se consideran víctimas de la actual situación política. Posiblemente se haya descubierto ahora que precisamente el fallo del régimen está en la escasa participación del pueblo en la política, y que precisamente lo que una izquierda auténtica puede ofrecer es eso: el regreso a la democracia, el regreso a la decisión popular. En una palabra, el regreso al parlamentarismo, que el general y su partido se cuidaron bien de desprestigiar precisamente porque ése era el enemigo. Mendes-France fue durante un tiempo uno de esos hombres exactos del momento oportuno; representó una esperanza para una nueva izquierda, terminó el problema de Indochina, restableció el entendimiento con Marruecos, inició una serie de relaciones nuevas con Estados Unidos —donde residió largos años— y preparó muy activamente la liquidación del contencioso franco-español, que era largo y activo. Mendes-France se convirtió rápidamente en el enemigo número uno de la derecha, que le atacaba por judío —sería inútil negar que en Francia hay un importante racismo de fondo— y hasta por antipatriota en vista de que bebía leche en lugar de vino, producto nacional —Mendes-France, en efecto, consideraba que el alcoholismo era un problema grave en Francia—; que le acusó de enterrar el imperio, cuando la realidad es que las derrotas de Indochina le precedieron y él tuvo el valor de saldar el problema —de la misma forma que De Gaulle saldó el drama de Argelia, cuyos datos negativos procedían de situaciones anteriores a la suya—. Combatido ferozmente por la derecha, Mendes-France cometió el error político de separarse totalmente de la extrema izquierda y no pudo mantenerse en el poder. Desde entonces se ha extremado un poco más, se ha ido hacia el socialismo —su origen era el viejo partido radical—, y hasta a un ala izquierda del socialismo francés. Y nunca ha perdido las esperanzas, que quizá ahora renazcan si logra crear el ambiente necesario para este regreso al parlamentarismo. Es decir, si logra revelar ese ambiente, hacerlo trascender al gran público, porque el ambiente existe. Pueden hacerse varias citas en este sentido: la del filósofo Jean Lacroix, quien estima que los actuales problemas son transitorios y que la democracia política siempre vuelve («Crisis de la democracia»), el del escritor de izquierdas Emmanuel Berl que, al mismo tiempo que Jean François Revel, combate el conformismo de la oposición que «pasa del respeto al miedo, del miedo a la atonía, y así recorre uno de los caminos de la no-libertad». De un gran peso es la opinión del ensayista político —en este caso, de derechas; editorialista de «Le Figaro»— Raymond Aron, en su importante libro «Ensayo sobre las libertades» en el que mantiene que la necesidad de que los parlamentos funcionen se advierte, principalmente, en el momento en que éstos son suprimidos, puesto que entonces se ve que «constituyen una garantía irremplazable contra la arbitrariedad de los poderes». Raymond Aron defiende al nombre político sobre el hombre técnico, y cree que no es necesario comprender el funcionamiento de una máquina de calcular, las sutilezas de la programación lineal o la fabricación de una bomba termonuclear para ser capaz de decisiones razonables, tan razonables como las que tomaría el técnico de estas máquinas, de estos cálculos o de esta técnica».

Es, probablemente, demasiado tarde cuando faltan tres meses para las elecciones para crear este ambiente de neo-parlamentarismo. Y demasiado difícil: una larga y profunda campaña oficial ha tratado de desprestigiar al máximo ese tipo de régimen, y lo ha conseguido. El mismo espectáculo de la desintegración de la izquierda en estos momentos es negativo en ese aspecto. Pero es indudable que la democracia está en la naturaleza humana —sólo los pesimistas y los interesados creen que el hombre desea ser mandado; el hombre acepta ser mandado cuando comprende los fines de la orden y admite la elección de quienes le mandan— y que la idea, bien lanzada y con tiempo para penetrar, puede hacer gran carrera. No en estas elecciones, sino cuando el general De Gaulle se retire.

MIENTRAS tanto, De Gaulle sigue destruyendo el parlamentarismo. Dentro aproximadamente de un mes —el 26 de septiembre— habrá elecciones para el Senado en Francia, para la renovación de un tercio de senadores, o sea, para 84 escaños. Lo más probable es que la repartición de puestos no cambie la fisonomía del Senado (esos 84 puestos están actualmente dosificados así: 2 comunistas, 14 socialistas, 12 izquierdistas demócratas, 11 demócratas cristianos, 10 degolistas, 34 campesinos independientes y un sin partido). Entre otras razones porque las elecciones para el Senado son indirectas: es decir, no vota el pueblo sino los «notables». El Senado es antidegolista y, por consecuencia, está bloqueado por el poder. Su presidente, Gaston Monnerville, no es ni siquiera recibido en el Elíseo. Hubiera podido ser Presidente de la República en las elecciones que llevaron al poder al pobre Coty y lo hubiera sido de no jugar un factor racial: es de raza negra, lo cual se considera como más grave que el «defecto» racial de Mendes-France. (A la dimisión de Auriol se hubiera elegido Presidente de la República, según una tradición, al que lo era de la Asamblea; pero éste, Eduardo Herriot, anciano y enfermo, se retiraba de la política. Siguiendo la tradición, el elegido hubiera sido el presidente del Senado; pero Gaston Monnerville es negro... y así salió Coty, de cuyo costado surgió De Gaulle. Sin prejuicio racial, la historia de Francia y probablemente de Europa sería hoy distinta.) El Senado, hoy, no tiene ninguna importancia en la vida política. Pero aun así, está condenado a muerte. De Gaulle piensa convertirlo en un «Gran Consejo de las Comunas Francesas», nutrido por miembros elegidos de las asociaciones municipales, familiares, sindicales y patronales. Es decir, dejará de existir para la política de una manera definitiva. Y es probable que este nuevo acto antiparlamentario sea una de las primeras decisiones que tome el general De Gaulle cuando gane las elecciones del mes de diciembre.